

porque lo que mantiene son leyes generales. Dios influye en el momento de la creación, es decir, en el origen para nosotros eterno de las cosas. Después abandona al hombre á sí mismo, lo que equivale, en definitiva, á poner á Dios fuera del mundo y de la historia.

II.

¿En qué se convierte la historia cuando se la despoja de la Providencia? Es indudable que sin gobierno providencial, sin educación divina, no cabe una filosofía de la historia. Los Alemanes consideran como un título de gloria en Herder que comprendiese á la naturaleza en sus especulaciones sobre la humanidad. Hay, indudablemente, que tener en cuenta al cuerpo, puesto que el hombre no es un espíritu puro; pero este orden de ideas esconde un escollo, y es que el poder de la naturaleza domina la debilidad del hombre, y que la filosofía de la historia, considerada de tal suerte, se convertiría en una filosofía de la naturaleza. Herder cayó en este escollo. En sus *Ideas* dice: "Toda la historia de la humanidad es una *pura historia natural* (1) de las fuerzas humanas, de las acciones y de las inclinaciones que dependen de los parajes y de los tiempos." ¿Á qué se reducen en esta concepción los dos elementos esenciales de la filosofía de la historia, Dios y el hombre? Dios no figura sino como Creador; desde que su obra está cumplida, Dios se retira para dejar su acción á las leyes que le ha dado. En cuanto al hombre, se convierte en un producto de la naturaleza; todo lo que hace está determinado con tal fuerza, que nada le resta á la libertad humana. Hé aquí el fatalismo de la naturaleza. Oigamos á Herder, quien nos dirá si nuestra opinión es demasiado severa.

Hay dos mundos, el de la materia y el del espíritu; ¿qué relación media entre ambos? El uno es inmóvil como el espacio donde despliega sus poderes. No quiere esto decir que no se produzcan en él modificaciones; las estaciones cambian, cambian los climas, varían los beneficios y los azotes del orden físico; pero este movimiento aparente no impide que reine una eterna identidad, y, por consiguiente, un reposo eterno. El mundo moral tiene

(1) «Eine reine Naturgeschichte» (HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XII, 7; t. XXIX, *Obras completas*, p. 150).

un lazo íntimo con el material. Sobre este punto no cabe duda; mas ¿cuál es la extensión de la influencia que la naturaleza ejerce sobre el hombre? Decimos que la naturaleza no es más que el medio donde el hombre está llamado á desplegar su actividad, que es un instrumento que Dios le ha concedido para obrar. Herder hace proceder el mundo moral del físico; casi podría decirse que hace de los dos mundos un solo y mismo ser. El hombre es el compendio y en cierta manera el punto central de todas las fuerzas orgánicas; por tanto, las leyes de su naturaleza no serán otras que las de la naturaleza inerte; ¿no se deduciría de aquí que la historia de la humanidad sólo ofrece un movimiento aparente? Porque no es el hombre quien se mueve: el hombre no es más que la manifestación de la naturaleza (1).

Hé aquí el por qué de comenzar Herder su filosofía de la historia por la naturaleza. La morada del hombre, con todas las influencias físicas que la acompañan, determina de antemano su destino. "Antes que una nación aparezca sobre el mundo, las cadenas de montañas, los repliegues del terreno, las sinuosidades de los torrentes y de los ríos marcan ya con rasgos indelebles la fisonomía futura de la historia." De suerte que quien hubiese llegado á descifrar las inclinaciones y las determinaciones de los hombres en las mil circunstancias físicas de que dependen, hubiera podido escribir la historia ántes aún de que la historia existiera realmente. ¿No equivale esto á decir que la historia es una vana apariencia y que no hay más realidad que la de la naturaleza? Desde luego el hombre, rey de la creación, se torna en esclavo. Si habla, si obra, es ménos como ser inteligente y libre, con potencia propia, que como órgano de la naturaleza universal, que se refleja y personifica en él. En definitiva, Herder, más bien que escribir la historia de la humanidad, celebra el triunfo de la naturaleza física sobre la humanidad.

Tal es el reproche que un filósofo francés dirige á Herder (2). Lo que, á los ojos de los Alemanes, constituía su título de gloria se trueca en su condenación. Herder mismo va á decirnos quién tiene razón. Quizás ni los unos ni el otro: tales son

(1) QUINET, *Introducción á las Ideas de Herder* (traducción de Herder, t. I, p. 22).

(2) BORDAS-DEMOULIN, *Misceláneas filosóficas y religiosas*, página 353.

la movilidad y la vaguedad de ese gran genio. La naturaleza produce razas diversas; una de ellas, la negra, es considerada generalmente como inferior; pero ¿será educable y perfectible, ó estará destinada á vegetar eternamente como una planta de África? La naturaleza, responde Herder, no podía conceder el dón de la razón superior al negro; su existencia, bajo un sol ardiente que enciende pasiones no ménos ardientes, es necesariamente material: no ha nacido para la vida de la inteligencia. La naturaleza, que ha creado el África, debía poblarla de negros, (1). Tenemos aquí el círculo fatal del Dante, reproduciéndose por todas partes, tan pronto como un azote, tan pronto como un beneficio. Mejor dicho, el fatalismo de la naturaleza será siempre benéfico, bajo el sentido que el hombre se encuentra en armonía con la naturaleza y goza la felicidad que le es dable alcanzar. La planta de Europa, aunque ménos brillante que la de América, no envidia la suerte de su hermana, como el negro no envidia la del blanco.

Los habitantes del Norte de Asia están destinados por la naturaleza á la vida nómada, y, por consiguiente, á permanecer más ó ménos bárbaros; su carácter y sus costumbres se conservan idénticas. Han sido y serán probablemente siempre semisalvajes; la naturaleza del país así lo quiere; tal se ven hoy como en la antigüedad más remota (2). Los Mongoles son también un producto de la naturaleza; los Chinos serán siempre Chinos, con sus ojos pequeños, su nariz corta, su frente aplastada y su vientre protuberante. Pedir á su organización otra cosa que lo que ya ha producido, fuera una injusticia evidente y una imposibilidad absoluta. Ni trateis tampoco de modificarlos. La aguja imantada no tiene en China la misma declinación que en Europa, es decir, que resultarían vanos los esfuerzos que se intentasen para transformar á los Chinos en Europeos; aún cuando durante millares de años se les sometiera á nuestras leyes y á nuestra educación, no se cambiaría el carácter nativo de la raza y la influencia de la naturaleza. Los Chinos están sometidos al imperio de las costumbres hasta el punto que parecen máquinas, y seguían siendo

máquinas aún cuando se les diera mayor libertad (1). ¡Siempre el círculo fatal del Dante!

Esta influencia fatal de la naturaleza, que condena á los unos á permanecer siempre salvajes y á los otros siempre bárbaros, ó, lo que es peor, máquinas civilizadas, nos parece á nosotros los Europeos una maldición de la naturaleza; y como la naturaleza, en la creencia de Herder, es la obra de Dios, fuerza sería decir que Dios ha creado una gran parte de la especie humana para vegetar en un estado análogo á la vida de la planta ó del bruto. Es verdad que al lado de estas razas malditas hay otros pueblos privilegiados, los elegidos de Dios, que son también producto de la naturaleza, pero á los cuales ha prodigado sus favores. ¿Queréis saber por qué la Europa es la tierra de la civilización? Herder responderá que por efecto de la naturaleza. El suelo de Europa, accidentado, montuoso, cortado por ríos y golfos, por montañas y valles, es una excitación á la libre actividad del hombre. Puede decirse que el Mediterráneo sólo ha producido la cultura europea. La naturaleza, al abrir este inmenso estanque, trazó al mismo tiempo el camino por donde la civilización debía extenderse. Y no es solamente una vía de comunicación; sin este mar, el destino de Europa fuera igual al de África. Si los Fenicios inauguraron el comercio, si los Griegos iniciaron á la humanidad en la vida de la inteligencia, hay que agradecerlo al Mediterráneo (2).

Con estas ideas, ¿no estamos en pleno fatalismo? Sea el fatalismo de la naturaleza, sea el del azar, ¿qué importa bajo el punto de vista del destino humano? Siempre se verá dominado por un poder que determina el carácter, las costumbres, las facultades de los hombres y de los pueblos. Tan cierto es esto, que Herder pronuncia la palabra azar hablando de las causas que hicieron de los Fenicios un pueblo comerciante (3). Si el azar produjo sobre las costas de Fenicia la prodigiosa actividad que la historia admira, ¿no debe también atribuirse al azar la brillante cultura de la Grecia? Que sea el rey azar ó la reina naturaleza quien do-

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XI, 1 (*Obras*, tomo XXIX, p. 8, 15).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, I, 6 (*Obras*, tomo XXVIII, p. 41 y sig.); XII, 4, t. XXIX, p. 73.

(3) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XII, 4 (*Obras*, t. XXIX, p. 71).

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, VI, 4 (*Obras*, tomo XXVIII, p. 257).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XI (*Obras*, tomo XXIX, p. 3).

mine, preguntáremos siempre: ¿qué se ha hecho del progreso, sin el cual la historia es letra muerta? Cousin dice que la obra de Herder es el primer gran monumento levantado á la idea del progreso. Ciertamente que Herder admite el desenvolvimiento de las facultades que la naturaleza deposita en cada pueblo, pero restringido y que no merece el nombre de progreso.

Herder acaba de decirnos que los negros serán siempre negros, los Chinos Chinos, los habitantes del Norte de Asia nómadas ó cazadores semi-salvajés; ¿dónde está entonces el progreso? El negro puede perfeccionarse como negro, pero será siempre negro. El Chino podrá ser una máquina más ó ménos perfecta, pero será siempre máquina. Más aún. El gran móvil del progreso es la necesidad que experimenta el hombre de ir constantemente perfeccionándose: en esto estriba lo que llamamos felicidad. Pues bien, este móvil falta en absoluto á la humanidad, en la doctrina de Herder. Desde el punto que encierra á las naciones en un círculo fatal del que no pueden salir, ha debido suponer, para no llegar á la desesperación, que Dios ha dado á los hombres, en los diversos países, toda la felicidad de que podían disfrutar. Así lo afirma de los negros, trazando un cuadro poético de su existencia. La naturaleza les ha negado los dones de la inteligencia, pero les ha dado otros en compensación: "El negro pasa su vida exento de cuidados, en una comarca que le proporciona su alimento con liberalidad inagotable. Su cuerpo se mueve con agilidad en el seno de las aguas, como si hubiera nacido para este elemento; ¿qué le importan los gozos inquietos del alma, cuyas necesidades desconoce? La naturaleza le protege y le ha creado tal cual convenía á su país y á la propia felicidad de su existencia.", (1). Si fuera así, locura sería que los negros aspirasen á una civilización superior; mejor dicho, no sienten la necesidad, como no siente la caña el deseo de transformarse en encina. Lo que se dice de los negros se dirá también de todas las razas y de todos los pueblos. Los Japoneses ignoran las causas que producen los eclipses de sol, que explicarán por medio de una fábula pueril, y tienen otras mil creencias supersticiosas. ¿No tenemos también nosotros nuestra ignorancia sabia?

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, VI, 5 (Obras, tomo XXVIII, p. 237).

¿No conservamos supersticiones? Bien considerado, estamos en paz. Se puede decir hasta del azote del despotismo que es un mal mucho menor para los pueblos asiáticos que para nosotros; ni como mal debe considerarse, puesto que es una condición natural del país, como el clima y todas las influencias físicas (1). Nosotros no somos desgraciados por vivir bajo un cielo gris y lluvioso; los Asiáticos tampoco lo son por vivir bajo el régimen de la fuerza. Luego ¿para qué querían la libertad? ¿qué harían de ella? En definitiva, nos encaminamos á la inmovilidad más completa. Ved cuán lejos estamos del progreso que Herder, según dicen, ha sido el primero en demostrar en la marcha de la humanidad.

El fatalismo de la naturaleza impide á Herder concebir el verdadero progreso de la especie humana. Por más que ésta se desenvuelva, no se puede decir que hay en ello progreso, como no se dirá tampoco que lo hay en la naturaleza física; cuando la bellota se transforma en encina, crece por las fuerzas inherentes á su naturaleza, pero no progresa. Herder tiene otra preocupación que vicia la idea del progreso: dice que cada raza, cada nación se desenvuelve según sus instintos y sus facultades, según el tiempo y la localidad, pero no cree que haya una educación para el género humano, ni admite un ideal para la humanidad. Esto es negar la idea de humanidad, la idea de una naturaleza y de un fin común á todos los hombres. ¿Qué queda entonces? Individuos sin lazo entre sí, como no lo hay entre la encina y la haya. El hombre decididamente es una planta que produce en cada país los frutos que puede producir, conforme á la naturaleza del clima y del suelo (2).

Esta doctrina puede con razón calificarse de fatalismo de la naturaleza, combatido ya por nosotros en el curso de estos *Estudios* (3). Limitáremos aquí á consignar que destierra á Dios de la historia, y que al mismo tiempo compromete, mejor dicho anula, la libertad del hombre. ¿Por qué no admite Herder que Dios inspire á los individuos y dirija la educación de los pueblos? Porque el hombre mismo debe realizar su destino, y al

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XI, 5 (Obras, tomo XXIX, p. 39 y sig.; XI, p. 36).

(2) La comparación es de HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, VII, 2 (t. XXVIII, de las Obras completas, p. 262).

(3) Véase mi *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII*.

efecto le ha dotado Dios con las facultades necesarias para cumplir su misión. Supone esto la libre actividad del hombre; con efecto, si se destierra á Dios del mundo, no puede ser sino para dar á la humanidad mayor participación. Pero resulta que Herder, al mismo tiempo que rechaza la asistencia de Dios, ó sea lo que se llama gracia ó gobierno providencial, destruye la libertad del hombre en lugar de agrandarla. Y ¿cómo habría de ser de otra suerte, cuando el hombre es asimilado á una planta, á un árbol? ¿Valía la pena desterrar á Dios de la historia para llegar á semejante resultado?

III.

¿Afirmáremos con los adversarios de Herder que es un materialista? Ni aún puede decirse que profesa el fatalismo. Lógicamente, su doctrina conduce á él; pero en las *Ideas sobre la filosofía de la historia* nada hay lógico; todo es indeciso y vago. Por lo mismo, un juicio absoluto condenando al autor sería injusto; ni cabe exaltarle como el fundador de una ciencia nueva, ni rebajarlo como fatalista. El que rechaza el gobierno providencial, hasta el punto de desterrar á Dios de la historia; el que rechaza el progreso de la humanidad, y ni siquiera admite el progreso individual, no merece ciertamente la gloria de haber fundado una ciencia que no existe sino á condición de mantener juntamente con la acción de Dios sobre el hombre la libertad humana. La filosofía de la historia no es otra cosa que la educación progresiva de la humanidad, lo que implica que el hombre realiza por sí mismo su destino bajo la mano de Dios.

¿Quién creería que estas ideas se encuentran en Herder? Pues sí; después de haber hecho una planta del hombre reivindica su libertad. Después de haber desterrado á Dios de la historia, dice que dirige la educación de la especie humana. La contradicción es flagrante; pero poco importa: hagamos constar este otro aspecto de la doctrina de Herder. Por de pronto, con ello rendimos justicia á un gran genio; luego es bueno demostrar que el fatalismo de la naturaleza es rechazado en sus consecuencias extremas por el mismo que lo ha expuesto con la mayor brillantez. Herder, hablando de la influencia del clima, critica la teoría de Montesquieu. El clima es uno de los elementos de

la naturaleza, y no puede negarse que influye sobre el hombre físico, y por consiguiente, sobre el hombre moral. Pero de esto á referir á la acción del calor ó del frío todas las instituciones civiles y políticas de los pueblos, media un abismo. Hay otras mil influencias que combaten, neutralizan ó modifican la del clima; no tomarlas en cuenta es exponerse al absurdo y hasta al ridículo; así han podido, con alguna razón, burlarse del autor del *Espíritu de las leyes*, que funda un sistema político sobre una lengua de carnero. Herder dice que sería preciso participar de la sabiduría divina para descubrir, entre los infinitos móviles que influyen sobre el hombre, el que á cada cual debe atribuirse. Lo que importa hacer notar es que el hombre, por su parte, influye sobre la naturaleza. Compárese la Europa de hoy á la de la época en que cubrían su suelo bosques inmensos. El clima ha cambiado, así como las costumbres y las instituciones de los pueblos. Herodoto dice que el Egipto es un don del Nilo. No, el Nilo hubiera hecho del Egipto un pantano tan inútil como insalubre; la industria humana, utilizando un instrumento de cultura creado por Dios, es la que ha modificado y transformado la naturaleza. Lejos de ser los hombres dominados por la naturaleza, son ellos quienes la dominan, sometiendo la materia al imperio de la inteligencia. ¿Á qué, pues, se reduce la influencia del clima? Inclina, dice Herder, pero no constriñe (1).

Ved cómo Herder defiende la libertad humana en la misma obra en que pone al hombre al nivel de la planta. Dios va á presentarse y á ocupar el sitio que le corresponde en la vida de la humanidad. La naturaleza, con todas sus influencias, es un instrumento de educación. Este principio no ha sido jamás contestado con relación al desarrollo físico de la especie humana. Pero la educación física no es más que uno de los elementos de la educación; si la naturaleza educa al hombre físico, educará también al hombre intelectual y moral. Mas la naturaleza misma ¿de quién procede? Voltaire dice que toda obra supone un obrero. Herder siente de una manera análoga. Al considerar un buque, dice, se ve como forzado á admitir un designio en quien le ha construido. El que ha creado

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, VII, 3 (Obras, t. XXVIII, p. 267 y sig., 272 y siguientes).

la naturaleza, haciendo reinar en ella la unidad en medio de una diversidad infinita, ¿no habrá tenido un designio al variar los climas, los territorios, las montañas y los ríos, los océanos y las llanuras? ¿No habrá puesto en armonía las fuerzas de la naturaleza con las de la inteligencia? ¿No habrá establecido una relación entre la misión de los diversos pueblos y el suelo que les ha fijado como morada? Y ese lazo íntimo ¿no tendrá por objeto formar la educación del género humano? Si hay un designio de Dios en la naturaleza, hay, por lo mismo, una Providencia y un plan providencial que se desenvuelve en los hechos históricos (1).

Hé aquí la verdadera filosofía de la historia. ¿En qué consiste que Herder no persiguiera esta idea en todas sus consecuencias y no demostrara su realización en los hechos históricos? ¿Dependerá de las preocupaciones del siglo XVIII contra todo lo que se llama gracia y gobierno providencial? ¿Inclinarse al panteísmo, que destruye juntamente con la noción de Dios la de la individualidad humana? Creemos que la primera suposición es la cierta. Herder daba gran importancia al desarrollo individual para que se le tome por panteísta. Lo que le falta es el sentimiento de la unidad, y principalmente la noción de un Dios immanente. Su instinto le dice que Dios es el educador del género humano, pero no se atreve a dar aserto a esta idea, por temor de caer en la superstición de un gobierno milagroso de la Providencia. La creencia de un Dios immanente puede tan sólo salvarnos, así de los extravíos del panteísmo como de los errores del cristianismo tradicional.

N.º 3. — La raza. — Renan.

I.

En el siglo XIX, la raza ha reemplazado al clima en las especulaciones filosóficas sobre la historia. Los intereses más grandes de la humanidad, la religión, la libertad, todo es cuestión de raza. El ser católico ó protestante no depende de la

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, IX, 1 (Obras, tomo XXVIII, p. 346).

gracia divina, como creían los ortodoxos, ni de la convicción, como quisieran los racionalistas, sino de tener en las venas sangre germana ó latina. "Los pueblos de raza teutónica, dice un escritor inglés, son protestantes, al paso que los de raza celta son católicos. Donde es más pura la raza germana, más fáciles y más rápidos han sido los progresos del protestantismo; más difíciles donde se ha mezclado con la raza celta, y donde esta última domina, como en Francia, acaba por dominar el papismo, aunque sufriendo modificaciones cuya influencia corresponde al espíritu liberal de la raza teutónica," (1). Lo que dicen unos de la religión, lo aplican otros á la libertad. Hay naciones destinadas á ser libres, tales como las que tienen sangre germana en las venas; otras predestinadas á la servidumbre, con más ó menos igualdad, bajo el despotismo: "Es permitido ser libres á los Ingleses, á los Americanos, á los Holandeses, á los Suizos, á los Suecos y Noruegos, hasta á los Belgas que hablan el flamenco, pero no á las razas latinas: la libertad es un veneno para los Franceses, los Italianos y los Españoles. Fáltales la unidad, y su destino es obedecer á un César que reune en sus manos todas las fuerzas de la nación," (2).

La raza es otro elemento de la naturaleza; y como la naturaleza entera influye sobre el hombre, es evidente que la raza debe desempeñar un gran papel en el desarrollo de la humanidad. Más de una vez hemos dicho en el curso de estos *Estudios* que la libertad moderna tiene sus raíces en los bosques de la Germania: esto es casi un axioma histórico. No ménos cierto es que los antiguos tenían una falsa idea de la libertad, confundiéndola con el ejercicio del poder soberano. Los Romanos transmitieron este error á los pueblos llamados latinos, porque Roma los inició en la civilización. Es verdad asimismo que el protestantismo domina en los pueblos del Norte, mientras que su existencia es débil en las naciones del Mediodía.

Pero si bien no puede desconocerse la influencia de raza, ¿habrá que aceptar que determina el destino de los pueblos con una fuerza irresistible? Llegaríamos á un nuevo fatalismo, el más irreme-

(1) *North-American review*, la raza anglo-sajona (*Revista británica*, 1852, t. LIII, p. 419).

(2) LABOULAYE, *El partido liberal, su programa y su porvenir*, página 139.

diable de todos, puesto que no depende de nuestra elección la sangre que corre en nuestras venas, y que nuestra libertad carece de acción. Además, esta acción sería eterna, puesto que las razas son de Dios ó de la naturaleza; el hombre no puede modificarla, á ménos que supongamos que la raza germana se extienda por el mundo entero para renovar la humanidad, lo que los germanistas más apasionados no se han atrevido á sostener. Resta saber si el elemento de raza tiene realmente el poder inmenso que se le atribuye. Sucede respecto á la raza lo que respecto al clima, que se asientan teorías ó leyes generales, fundándolas sobre hechos mal observados ó incompletos. El protestantismo ha sido extirpado en los países del Mediodía por el hierro y por el fuego; se calificará con el nombre de influencia de raza esa obra de violencia brutal? ¿Era Luis XIV un latino fanático y eran Germanos los hugenotes del Mediodía? ¿Cosa singular! En el Mediodía de Francia, donde la influencia del elemento germánico es casi nula, es donde se ha mantenido la Reforma. Si las dragonadas no consiguieron exterminar el protestantismo, no debe atribuirse el honor á la sangre germana. ¿Acaso la misma libertad es esencialmente germánica? Entónces, ¿cómo se explica que la nación puramente germánica haya vivido durante siglos bajo el yugo envilecedor de principillos en su mayor parte tonsurados, sin que por esto valieran más? ¿Cómo se explica que un pueblo de raza latina haya inaugurado la era del 89, era de libertad y de emancipación universal? Lo más notable es que este pueblo latino ha llevado los gérmenes de libertad á los Alemanes, quienes, á pesar de su sangre germana, eran esclavos de sacerdotes y de déspotas grandes ó pequeños.

No tenemos necesidad de apelar á los hechos para combatir la influencia excesiva que se atribuye á las razas en el desenvolvimiento de la humanidad; basta la noción del progreso para echar por tierra este artificio paradójico. Admitido que los hombres y los pueblos van sin cesar perfeccionándose, hay que admitir también que tienden á un fin ideal al cual se van sin cesar aproximando; su existencia entera no es más que una educación sin fin. Por tanto, no hay que ver en las razas un obstáculo al desarrollo de las facultades humanas; la raza debe concurrir al progreso, léjos de imposibilitarlo. En otro caso, ¿qué sería el progreso políti-

co si hubiera pueblos predestinados á la servidumbre? ¿Qué sería el progreso religioso si hubiera pueblos condenados á corromperse eternamente con las supersticiones del cristianismo católico? Si la vida de la humanidad es una educación divina, ¿no educará Dios á todas las naciones en la verdad y en la libertad? ¿Habrá aún razas elegidas y razas malditas? Por este camino llegaríamos de nuevo al sistema de castas, el más odioso de todos los regímenes, puesto que hace á Dios responsable de las iniquidades que reinan en el mundo.

No, la influencia del clima ni es fatal ni eterna. Lo mismo decimos de la raza. El hombre en su infancia sufre la acción de los elementos exteriores con una potencia irresistible. ¿Puede el niño resistir á los instintos que lleva en sí y á las impresiones que recibe? Equivaldría á decir que depende de él ser negro ó blanco. El arma que Dios ha dado al hombre para combatir la naturaleza y dominarla es la razón. Pero la razón no se desenvuelve sino progresivamente; luego los pueblos no se emancipan sino poco á poco de la tiranía de la naturaleza, acabando por dominarla; ¿quiere esto decir que cesará enteramente la influencia de raza? Imposible. Las razas desempeñan un papel considerable en el plan divino que preside á la educación del género humano. Dios le ha distribuido en naciones, dando á cada una aptitudes particulares, porque cada una tiene también una misión particular que cumplir. El elemento de variedad no desaparecerá jamás, porque es de esencia de la creación. Habrá siempre razas diversas, y, por tanto, una diversidad en el desenvolvimiento intelectual y moral que toma su principio en la raza. Al decir que esta influencia va disminuyendo, entiéndase en el sentido de que el hombre, en su marcha progresiva, tiene conciencia de la voluntad divina; su libertad consiste en querer lo que Dios quiere, y, por consecuencia, lo que quieren la naturaleza, el clima y la raza, salvo corregir los errores que tienen su fuente en un principio de raza. Todos los pueblos llegarán á la libertad y á la verdad, pero cada uno las concebirá de una manera diferente. Desde el día en que comprendan que la raza y todos los elementos de la naturaleza son instrumentos providenciales de su educación desaparecerá la fatalidad: usarán de esos instrumentos, pero no serán éstos los que dominen, sino quienes de ellos se valen.